LA EXISTENCIA EN EL TOMISMO Y EN EL EXISTENCIALISMO

SENTIDO, UBICACION Y APREHENSION DE LA EXISTENCIA EN LA METAFISICA TOMISTA Y EN LA FENOMENOLOGIA EXISTENCIALISTA

1. — El *primum cognitum* de la inteligencia es el *ser*, y nada conoce ella sino bajo esa noción de *ser*. *Inteligencia y ser* son correlativos y no se puede negar o suprimir uno sin negar y suprimir el otro. Y precisamente porque el *ser* es la noción primera, en la que toda otra se sostiene y esclatece, no puede ser definida y ni siquiera explicada por otra. Otro tanto o más todavía ocurre con las nociones constitutivas del *ser*: la *esencia* y la *existencia* y cuyo concepto es indispensable alcanzar para aprehender el *ser*.

Pese a no ser definibles, hemos de tratar de cobrar conciencia y penetrar en el contenido de estas nociones primeras y evidentes, que todos poseemos desde el alborar de nuestra vida consciente.

El *ser* se presenta como *lo que existe o puede existir*: 1) *algo*; 2) que *existe* o es capaz de existir, o, en otras palabras, un ente o *esencia*, que tiene o puede tener *existencia*.

La *esencia* es el elemento más asequible del *ser*, es lo que define, constituye y da estructura a la existencia, es el *modo determinado* de *existir*, lo inmediatamente inteligible, por donde la inteligencia aprehende el *ser* y llega a la misma existencia. Por su noción misma es *sujeto* y, por ende, principio de recepción y de *limitación* de la *existencia*.

La *existencia*, en cambio, es el principio de realización del *ser*. Existencia equivale a perfección, a principio determinante, a acto de la *esencia*. Una *esencia* es intrínseca o verdaderamente en sí misma, independientemente de mi pensamiento, por la *existencia*. La existencia no es *algo* —un *ser*— sobreañadido a la *esencia*, es menos y es más que eso: es un principio constitutivo del *ser*, el término o acabamiento ontológico de la *esencia*. Porque, aunque por su concepto de sujeto receptivo de la existencia, la *esencia* es realmente distinta de aquélla, sin embargo, sin la existencia, en sí misma la *esencia* es nada, y por aquélla llega a ser aun lo que de sí misma tiene, sus notas constitutivas, en una palabra, por aquélla llega a ser *realí*.

La existencia no es una superposición, es la maduración ontológica, la meta final a que desde sí apunta toda esencia, como modo determinado de *existir* que es.

La existencia es, pues, el *acto* perfeccionante, el *acto* realizante de la esencia. No le añade ninguna nota inteligible ni modifica la noción de la esencia; la coloca fuera de sus causas, le confiere realidad o consistencia en sí, en todas sus notas constitutivas.

2. — Y así como la esencia es el constitutivo inteligible de un ser, directamente inasible por la experiencia sensible, también la existencia, como acto que le confiere realidad a aquélla es *puramente inteligible* y, como tal, formalmente inaprehensible por los sentidos.

3. — La aprehensión y estudio del *ser en cuanto ser*, la Metafísica, por ende, es imposible sino desde la *inteligencia*, única capaz de penetrar hasta el *ser* formalmente tal.

Pero en rigor, la inteligencia —y la Metafísica, por ende— aprehende directamente la esencia, o con más precisión, el ser desde la esencia, porque la esencia, como *modo* determinado que es de *existir*, no tiene sentido si quiera y es inaprehensible sin referencia esencial a la *existencia*.

La aprehensión formal de la existencia se realiza en el *juicio*. La existencia sólo es aprehensible inmediatamente en una intuición y, en el caso concreto del hombre, en la única intuición que posee: la *empírico-sensible*. Ahora bien, esta intuición no aprehende la existencia *formalmente*, pues como material que es, no puede penetrar en el *ser en cuanto ser*. Es menester la intervención del conocimiento enteramente inmaterial o espiritual de la inteligencia para calar hasta lo inmaterial de la realidad material, que es el *ser en cuanto ser*. Pero la inteligencia no aprehende el ser sino por abstracción o dejando de lado las notas materiales, que son las notas individuantes, las notas del ser existente concreto, porque para aprehender el acto esencial de la forma, previamente necesita hacerla inteligible *en acto*, despojándolo de la *potencia* o indeterminación de la materia cuantitativa, que se lo impide y que es el principio de individuación. De aquí que todo concepto sea de la esencia universal, abstracta de sus notas individuantes existenciales. Y de aquí también que para captar la existencia individual sea preciso reintegrar, por vía intelectual, esa esencia en la realidad individual concreta, aprehendida en la intuición sensible. Tal hace la inteligencia en el *juicio*. Sólo en esa operación reintegradora, devolviendo e identificando la esencia inteligible con la realidad existencial —de donde fué abstractamente tomada— la inteligencia aprehende la *existencia*, el *acto realizante* de la esencia. Iluminado desde su esencia el ser existencial concreto, *dado* en la sensación —liberando al acto esencial de la forma de su no-ser o

potencia infra-inteligible de la materia— y devolviendo en el juicio la esencia ya entendida en acto a aquel ser existencial, la inteligencia aprehende la existencia formalmente tal, como acto de la esencia.

Aunque dada en la intuición sensible, la existencia de la esencia no es, pues, formalmente o como tal aprehendida por ella, sino por la inteligencia y de un modo indirecto: por reflexión o referencia del concepto objetivo de la esencia a la realidad individual concreta, en el juicio.

Todo el *ser*, pues —la *esencia* y la *existencia*— como tal, permanece oculto a la experiencia, y sólo se revela en su luz propia, en su *verdad*, a la *inteligencia*, única capaz, por eso mismo, de elaborar su estudio científico desde sus causas, es decir, la *Metafísica*.

4. — Al llegar hasta el ser formalmente tal, trascendente e inmanente, la inteligencia distingue entre el ser permanente o *sustancial* —con su esencia y existencia— y el ser o seres accidentales transeúntes —compuestos también de esencia y existencia— que no son sino modificación o actualización de la substancia o ser en sí.

Por esta misma penetración en el *ser en cuanto ser*, la inteligencia capta la realidad distinta del propio acto cognoscente en cuanto distinta o formalmente *como objeto*, a la vez que, correlativamente, por eso mismo, capta la propia realidad como *sujeto*. De este modo, en lo que a la existencia hace, la inteligencia distingue y aprehende la existencia substancial y accidental tanto del ser trascendente u *objetivo*, como del ser inmanente o *subjetivo*, formalmente tal.

Finalmente, la penetración hasta el *ser* circundante y propio, conduce a la inteligencia al descubrimiento de todo el ámbito del ser y a la consiguiente organización del saber metafísico que lo capta. Además, desde el *ser* circundante del mundo y del propio ser ensancha infinitamente el objeto de la Metafísica, porque en los caracteres de *finitud* y *contingencia* y, desde éstos, en la composición real de *esencia* y *existencia* —de donde brotan como desde su raíz— descubre y alcanza la existencia del Ser o Esencia que es la pura e infinita Existencia —*Dios*—, Causa ejemplar suprema y necesaria de toda *esencia* y Causa libre eficiente primera y final última de toda *existencia*. De este modo, la inteligencia descubre todo el ámbito de la existencia, comenzando de ella como acto substancial y accidental finito hasta alcanzar la Existencia o Acto puro, como fuente originaria de todo *ser*, de toda *esencia* y *existencia*. En el principio y en el término y en todo el decurso de la existencia finita está la Existencia pura y substancial, dando razón de ella: de su aparición o creación, de su conservación y aumento y de la consecución de su plenitud final.

El *intelectualismo* o defensa del *valor de la inteligencia*, que lleva a la aprehensión del ser finito y contingente y a la legitimación de la *Metafisi-*

ca, conduce definitivamente a la supremacía del Acto puro sobre la potencia, de la Existencia infinita sobre la nada.

II

1. — El Existencialismo —y en general, las llamadas filosofías de la existencia— niegan a la inteligencia su valor aprehensivo del ser, con lo cual se priva al hombre del único medio de acceso a él. Cegada la inteligencia, *ipso facto* desaparece el ser del horizonte del conocimiento humano: primero y directamente la *esencia* y luego la *existencia* como acto que confiere realidad en sí a aquélla; y, consiguientemente, se hace imposible la Metafísica estrictamente tal.

Como, por otra parte, el hombre carece de intuición espiritual, descartada la inteligencia, sólo resta la *intuición empírica*, que aprehende las notas o cualidades materiales concretas, pero no el *ser* o substancia —esencia y existencia— *formalmente* tal, oculta y materialmente dada y aprehendida en aquellos fenómenos concretos: “esto coloreado”, “esto extenso”, etc. En los datos sensibles concretos formal o expresamente aprehendidos, los sentidos captan —sin *ver*, como oculta o materialmente— la substancia o ser, en su realidad entrañable sólo revelable a la inteligencia.

Por eso mismo, la experiencia sensible tampoco puede captar el *objeto* y el *sujeto* formalmente, pues sólo como *ser* se constituyen tales y son realmente distintos y correlativos.

De aquí que, despojada la inteligencia de su valor, sólo resta la aprehensión de los fenómenos o notas concretas del mundo y del yo, pero sin penetrar hasta el *ser* o substancia que las causa y sustenta. Tales datos sensibles, externos e internos, son dados en nuestra inmanencia, sin poder ser ubicados como *trascendentes* al acto mismo que los capta, precisamente porque, al no poder ser referidos al *ser*, no pueden ser aprehendidos como *objeto* y *sujeto*, no pueden ser arrancados de la propia inmanencia subjetiva. Obsérvese que la supresión de la dualidad sujeto-objeto en la dualidad del devenir existencial, lejos de ser una superación del intelectualismo *objetivista*, como pretende el Existencialismo, constituye una verdadera *regresión* a la obscuridad de lo infra-inteligible e infra-intelectivo, a esa zona empírica donde desaparece la conciencia de sujeto y objeto, porque deja de verse el *ser*. Se hunde y desaparece el ser —esencia y existencia— de las cosas del mundo y de nosotros mismos; y sólo resta una pura actividad fenoménica, destituida de ser, en que *yo* y *mundo* se funden y diluyen en una pura “*trascendencia*” o “*devenir existencial*”, destituido de toda esencia, inseparable de la propia actividad inmanente. El “*esse est percipi*”, el fenomenismo subjetivista del empirismo, se repite agravado por el irra-

cionalismo antiintelectualista y antiobjetivista en el neo-empirismo existencialista.

No hay que llamarse a engaño, juzgando que las “notas existenciales” del existencialismo son la existencia substancial vaciada de su esencia. No. Lo que realmente queda es la existencia de los accidentes o actividad psíquica concreta, sin penetrar en el *ser*: en la esencia y existencia substancial estrictamente tal, que está dada en aquella actividad o datos concretos, pero enteramente oculta e inasible, desde que se ha apagado la única luz capaz de iluminarla y aprehenderla: la inteligencia. Pero hay más. Aun tal existencia de la actividad accidental consciente no es aprehendida formalmente como *existencia*, sino como actos o fenómenos, en los que ella es concreta o materialmente dada, pues para aprehenderla en su estricta formalidad existencial fuera preciso la intervención de la *inteligencia*, que penetre hasta el *ser* de tales actos o “notas existenciales” de la actividad psíquica. Quiere decir que aun el *ser* —esencia y existencia— de la misma realidad accidental consciente sólo es aprehendida desde su aspecto fenoménico sensible.

2. — Con la invalidación de la *inteligencia* y la consiguiente desaparición del *ser*, el hombre se priva, respectivamente, del instrumento necesario y del punto de apoyo indispensable para alcanzar la pura y substancial *Existencia* trascendente, como Razón o Causa suprema, ejemplar, eficiente y final de la *esencia* finita y contingentemente *existente*. Destituída de esencia, la existencia del hombre queda reducida a un puro devenir o temporalidad, autocreación finita desde la nada y para la nada, constituida por la nada y, en definitiva, sin razón de ser y *nada* ella misma. Sin el ser o esencia inmanente y sin la Esencia identificada con la Existencia trascendente, como su Razón suprema de ser, la existencia finita, como *pura existencia*, resulta *inconcebible* y *absurda* y se autodestruye y diluye en la *nada absoluta*.

III

En síntesis, así como el reconocimiento del 1) *valor de la inteligencia* lleva consigo 2) *la aprehensión del ser* en cuanto tal —del ser substancial en su esencia y existencia y del ser de la actividad accidental en su esencia y existencia— como distinto del acto intelectual y, consiguientemente, 3) *la legitimidad de la Metafísica* y 4) *la supremacía del acto* o *Existencia pura* sobre la potencia y la nada; así también 1) *la negación del valor de la inteligencia* lógicamente conduce a 2) *la desaparición* de la vista del hombre del *ser trascendente e inmanente* y 3) a *la imposibilidad de una auténtica Metafísica* y a *la reducción de ésta a una pura Fenomenología* de la activi-

dad o notas existenciales —no formalmente en cuanto existencia en el sentido clásico de la palabra— dadas en la experiencia, y en las que se diluye toda la realidad, actividad o devenir, que destituido de ser, queda reducido a la nada y 4) a la consiguiente imposibilidad de trascender esta existencia como puro devenir constituido por la nada, a la *negación o impotencia de alcanzar la Existencia o Acto puro e infinito de Dios*, y a la *supremacía definitiva de la potencia sobre el Acto, de la nada sobre la Existencia*.

Por una parte: *inteligencia, Metafísica, ser y existencia como acto o perfección de la esencia, con la supremacía de la existencia* —de la Existencia divina, en última instancia— *sobre la nada*, en una palabra, la *salvación del ser del hombre* y de su actividad específica en su integración en el Ser trascendente y divino.

Por otra: *irracionalismo, ontología puramente fenomenológica y existencia como puro devenir*, constituido por la *nada*, con la negación o imposibilidad de alcanzar a Dios y *supremacía de la nada sobre la existencia*, en una palabra, el *hundimiento del ser del hombre*, desarticulado de todo ser, y, con él, de toda la realidad en la *nada*.

OCTAVIO NICOLAS DERISI
Director del Instituto de Filosofía
y Catedrático en la Universidad Nacional
y en el Seminario Mayor de Eva Perón.